



EL PERUANO.

MIÉRCOLES 25 DE JULIO DE 1827.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE ESTADO EN EL DEPARTAMENTO DE GOBIERNO Y RELACIONES EXTERIORES.

EL CIUDADANO VICE-PRESIDENTE DE LA REPUBLICA encargado del Poder Ejecutivo.

Por cuanto el Congreso Jeneral Constituyente ha decretado lo que sigue:

EL CONGRESO JENERAL CONSTITUYENTE DEL PERÚ.

Considerando:

I. Que no puede designarse una cuota fija de rebaja por perjuicio de la guerra de independencia en orden a los deudores a la hacienda nacional por los varios ramos de censos, pues en unos casos sería perjudicial al Estado, y en otros a los deudores;

II. Que este inconveniente resulta del decreto del Presidente del Consejo de Gobierno en 9 de marzo de 1827;

III. Que el estado de pobreza a que se ven reducidos los ciudadanos, por la guerra, escije una gracia que les facilite descargarse de sus deudas;

Decreta:

1.º En todos los casos que los deudores al Estado por ramo de censos reclamen los perjuicios de la guerra, se observará el decreto de 31 de mayo de 1823.

2.º Queda derogado el decreto del Presidente del Consejo de Gobierno de 9 de marzo de 1827.

3.º A los deudores a la hacienda pública por los referidos ramos, se escijirá desde luego una 5.ª parte de su deuda líquida, y cada año darán igual cantidad, de manera que la solución del pago total se concluya en cinco años por lo devengado durante la guerra.

4.º Los deudores a la hacienda nacional por ramos de censos que quieran disfrutar de una tertia parte de rebaja, satisfarán dentro del presente año el importe total de la deuda; y se les rebajará la 6.ª parte a los que satisfagan la mitad de la deuda, con la calidad de que estos y aquellos verifiquen el pago en dinero efectivo.

5.º Las deudas contraídas por los mismos ramos desde el 9 de diciembre de 1824, en que terminó la guerra, se escijirá íntegramente con arreglo al decreto de reducción de intereses de censos, sin perjuicio de ventilarse por separado las respectivas al tiempo de la guerra, conforme al espresado decreto de 31 de mayo de 1823.

6.º La disposición del presente artículo quinto es extensiva a las deudas entre particulares.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para que disponga lo necesario a su cumplimiento, mandándolo imprimir, publicar y circular. Dado en la Sala del Congreso en Lima a 14 de Julio de 1827. — Manuel de Vialar, Presidente. — Manuel Tellería, Diputado Secretario. — Pascual del Castillo, Diputado Secretario.

Ejécútese, guárdese, cúmplase, e imprimase. Dado en el Palacio del Gobierno en la Capital de Lima a 21 de Julio de 1827. — 8.º — Manuel Salazar, Vice-Presidente. — Por Orden de S. E. — El Ministro de Gobierno y Relaciones exteriores, L. J. Mariategui.

Razon de la erogacion voluntaria que a hecho la provincia de Cañete para ayuda de los gastos de la Fragata Presidente.

El ten. coronel D. Francisco Quiñones Intendente de la Provincia...	Don Juan Díaz...
Id. por un arbitrio a este fin...	Don Santiago Chaves...
Doctrina de Cañete.	Don Pedro Pablo Florian...
El gobernador de esta capital D. Marcelino Castilla...	Don Toribio Cortes...
El D. D. Juan Fernandez, por sí, y por la hacienda de Mataratones...	Don José María Hernández...
D. Juan Rucel...	Don Juan Machotrigio...
D. D. J. Maria Pequeño por sí, y por algunos dependientes de las haciendas de su cargo...	Don Antonio Olivera...
	Don Cayetano Iruisaga...
	Don Esteban Quiroz...
	Don José Chaves...
	Don Valentin Ibarra...
	Don José Ruiz...
	Don Manuel Marquez...
	Don Domingo Gonzalez...
	Don Francisco Cerro...
	Don Mariano Cabrera...

Doctrina de Chincha Alta. pueblo 100.
Remitidos por su gobernador como erogados por los vecinos de la Doctrina. 21.

Doctrina de Cayllo. El gobernador D. Manuel Avila, por la erogacion hecha en ese pueblo. 30.

Doctrina de Lamahuana. El gobernador Don Luis Quiroz, como erogados por esa Doctrina. 57, 3.

Doctrina de Pacarán. Su gobernador y Municipalidad, remitidos por erogacion hecha de ese pueblo. 100.

Doctrina de Chilca. La Municipalidad, como erogacion de ese pueblo, han entregado. 100.

Suma total. 396.
Cañete julio 11 de 1827.—Francisco Quiñones.

ESTADISTICA.

PROVINCIA DE YAUYOS.

Intendencia de Yauyos. — Agosto 26 de 1826.

Al Señor Prefecto.

Deseando esta intendencia dar el mejor cumplimiento y debido lleno al oficio de U. S. del 27 del procsimo pasado julio en el que por medio de algunas interrogaciones se inquiera el estado físico y moral de la provincia, su localidad etc. la razon que sigue y que me parece la mas aprocsimada a la verdad por el medio que he indicado haberme valido para formarla.

Esta provincia tiene la estension de 40 leguas del Norte a Sur, comensando en Pamacancha, y terminando en Picamari; y 58 leguas de Este a Este, comensando de Viscas y teniendo su fin en Tarpo.

Contiene nueve distritos que cada uno es cabeza de las doctrinas siguientes: Yauyos, Laraos, Guanico, Tauripampa, Ayaviri Pampas, Omas, Vinac y Chopamarca. No hay Villa alguna en la provincia: contiene los distritos referidos 42 pueblos y cada uno de ellos su municipalidad.

Cinco haciendas minerales: Tómas: Huanchi, Tingo, Condorbuchana y Vilca; Amás en el lugar de Quisococha Singua, hay infinitas bocas de mina y catas que estan desiettas.

Esta doctrina tiene una hacienda de ganado llamada Huarca. Y la de Huanchi tiene la hacienda de Cochao.

Aldea no se conoce en la provincia; pero algunos hijos de ella habitan fuera de las poblaciones al cuidado de sus ganados ó siembras, y se conocen estos lugares con el nombre de estancias: son de muy poca consideracion.

A mas de las minas de metal de plata se conocen otras de Piedra Lipe, Almagre, Alcaparrosa, y Yezo: no se encuentran otras algunas especies de minerales.

Produce Maiz Papas Trigo Cebada Abas, no siendo suficiente aun para la mantencion de sus habitantes que tienen que proveerse de las costas inmediatas. La semilla de alfalfa, que fué una especulacion propia de esta provincia, casi ha quedado reducida a nulidad con la guerra. En Laraos hacen algunos tejidos de lana; y en los pueblos de Tupe y Huantan de muy poca estimacion y que consumen en su propio vestido.

A escepcion de una tenencia de alcabalas que hay establecida en la capital que sólo tiene por objeto recaudar los derechos del aguardiente que se introducen y que en el dia es muy poco por la falta de mulas, no se reconoce una renta pública. Su producto era como de 500 pesos y en el dia casi ninguno. De modo que no se conoce otra renta que la contribucion que hacen los vecinos y que asciende en el dia a 2700 pesos al año.

La localidad de la provincia es la mas escabrosa: casi el camino se hace por escalones los mas llenos de peligro. Se sale a la costa de Mala por Omas ó Tauripampa: a Calango por Vistas: a Cañete por Pocoto y a Lamahuana por Catahuasi, y Vinac. A la provincia de Jauja por Huantan, Anejo de Yauyos: por Tomas y Huancaya Anejo de Laraos. A la de Huarochiri por Viscas Huanchi y Huancaya. A la de Huancavelica por Pampas y Huantan. Una de las solicitudes del gobierno supremo y que pone en su consideracion el que subscribe es el mejoramiento y refaccion de los caminos; pues solo cuenta para ello con los brazos de sus vecinos que no son bastantes. Si se consiguiese poner espedito el tránsito de Viscas a Huampará ambos anecosos de Ayaviri se ahorarían al ménos dos jornadas para Lima, y tambien se haría mas fácil la comunicacion a Jauja la que tambien se conseguiria si se abriese un camino del puente de Yauyos al de Laraos. Si se

hiciese lo mismo del puente de Ancó al de Putinza se haría muy espedita la comunicación con Canetá.

Son desconocidos los establecimientos de beneficencia: solo existen cárceles mal formadas, algunos cementerios donde descansan los difuntos y aguardan la resurrección de la carne. Las escuelas de primeras letras son también muy pocas y mal establecidas por la falta de dotación competente. Tampoco hay conventos de religiosos de ningún sexo.

Para mejorar la provincia son medios conducentes: fomentar el trabajo de minas: trabajar sus caminos, y proveer de mulas para su comercio.

Con todo lo referido cree haber cumplido el esponente con la obligación que U. S. le impuso en la nota referida y que contesta. Solo le resta significar a U. S. para que los eleve al supremo gobierno sus más ardientes y sinceros votos por la felicidad de la República.

Dios guarde a U. S. muchos años.—Juan Olivera.

MINISTERIO DE ESTADO EN EL DEPARTAMENTO DE HACIENDA.

A una representación de don José María Cáceres, guarda que fué del resguardo de la estinguida aduana del Cuzco, solicitando por conducto de aquel Prefecto la cuarta parte del haber que como tal disfrutaba; S. E. el Vice-Presidente se ha servido expedir el decreto que sigue.

Lima, julio 20 de 1827.—Respecto a que el decreto de 8 de junio del año próximo pasado, inserto en el Registro Oficial núm. 4, solo concede la cuarta parte de sueldo a los empleados de las oficinas de las aduanas estinguidas, y no a los guardas, como posteriormente se ha reiterado, no ha lugar al goce de esta asignación, que solicita don José María Cáceres, guarda que fué de la aduana del Cuzco, mucho más habiendo salido de aquella clase en el hecho de haber admitido el destino de vigilante de la policía que le concedió la Prefectura, y de que ha tenido por conveniente separarse; declarándose al mismo tiempo que los individuos de las referidas aduanas interiores estinguidas, que interinamente hubiesen servido en ellas algún destino, no disfrutaban dicha cuarta parte, sino los que lo hubiesen obtenido en propiedad, y con despacho del Gobierno, como opina la Contaduría general de Valores. Transcribese este decreto al Prefecto del Cuzco, en contestación a su consulta núm. 11 de 27 de junio, publíquese en el Peruano; y tómese razón en las oficinas que correspondan. —Una rúbrica de S. E. —Por orden de S. E. —Morales.

PARTE NO OFICIAL,

ESTERIOR.

COLOMBIA.

(De la gaceta de Bogotá.)

Emplazadas las cámaras legislativas para continuar sus sesiones en esta capital el día 12 del corriente (mayo) lo han verificado en los términos correspondientes.

El señor secretario del interior se presentó en ambas cámaras, y entregó el mensaje del vice-presidente de la República como encargado del poder ejecutivo, después de haber dirigido al Congreso en nombre del gobierno las felicitaciones del caso.

Seguidamente se presentó el siguiente memorial de parte del general Santander.

Al Congreso de la República de Colombia.

Señor.—Hoy debería yo presentarme a prestar el juramento constitucional como vice-presidente de la República en virtud del emplazamiento que me hizo desde el año pasado el presidente del senado, si el honor de la República que he presidido por más de 5 años, el de la autoridad suprema que he ejercido, y el mío propio no me aconsejasen que no debo acercarme a la mesa del juramento antes de solicitar que el tribunal nacional pronuncie el juicio competente sobre mi buena ó mala conducta en las funciones administrativas que he desempeñado.

Las turbulencias de Venezuela han acumulado sobre el poder ejecutivo una multitud de acusaciones que es preciso examinar: la negociación y administración del empréstito de 1824, han servido de pretexto a la ignorancia y a la perversidad para arrojar dudas deshonrosas sobre la conducta del gobierno, y es justo aclararlas. He aquí, señor, los dos puntos principales a que deseo que el Congreso contraiga sus investigaciones y su juicio, sin que se crea por esto que temo el que se estienda a cualquier otro objeto de las atribuciones del poder ejecutivo. El tribunal de la sana ó imparcial opinión pública ya me ha absuelto de un modo muy satisfactorio; quiero ahora que el tribunal legal, único legítimo que existe para mí sobre esta tierra de libertad, pronuncie también su juicio. Con estas dos formidables ejidas, yo podré después de diez y siete años de continua consagración a la causa de mi patria, ó vivir tranquilo en el retiro de la vida privada, ó desempeñar cualquiera destino a que me llame la nación. Es imposible

que un hombre que ha nacido con honor, que ha sabido conservar durante su larga carrera pública y que funda en él toda su gloria prescinda de ocurrir a los mandatarios del pueblo, como los jueces legítimos que la nación ha constituido en jurado nacional, para que ejerzan sus funciones y cumplan sus deberes.

Léjos de que me cause rubor el provocar un juicio nacional y presentarme a él, me glorio, señor, de requerir a mis enemigos a que me acusen, y de someterme a las leyes en una época en que tanto se las ha ultrajado, y en que somos muy señalados los que las hemos venerado con firmeza. Hombres de eminentes virtudes y de la más distinguida probidad también han sido acusados como yo: Timoleon, Aristides, Camilo, Scipión, Washington..... han pasado por el cruel tormento de verse tildados de enemigos de la economía y de las más severa probidad, y sin embargo sus nombres han pasado hasta nosotros y pasarán más adelante intactos y sin mancha alguna. ¿Porqué, pues, he de tener rubor de verme asimilado en esta parte a tan ilustres personajes?

Señor: ruego al Congreso de la República que por el honor del pueblo a quien representa, por el bien de la nación, en desagravio de los ultrajes que han recibido las leyes, y por consideración ácia un antiguo y leal servidor de la patria, oiga mi presente solicitud. No tomaré ninguna resolución antes de que el Congreso imparta la suya en los puntos que acabo de exponerle, porque si soy realmente delincuente, quiero ser el primer magistrado de Colombia destituido de sus funciones por solo el ministerio de la ley, y si no lo soy, quiero oírlo de boca de los representantes del pueblo y saber, que he renunciado la vicepresidencia de Colombia, no porque una mala conducta me haya hecho desmerecerla, sino por causas honrosas, benéficas a la patria y que acreditarán siempre mi desinteresado y puro patriotismo.

SEÑOR.

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER.

Bogotá 12 de mayo de 1827—17.º

A las 12 del día una diputación del Congreso compuesta del senador Marquez y de los representantes Cordero y Calderón hizo saber al general Santander, que las cámaras habían resuelto reunirse a las 5 de la tarde de este día para recibirle el juramento constitucional como vice-presidente del Estado. El general después de suplicar a la dicha diputación que presentase al congreso los votos de su corazón por haberse abierto la sesión de este año de la cual el gobierno y los pueblos esperaban la paz y la dicha, le hiciesen presente que se creía separado de sus funciones desde que el congreso se había reunido: que no estaba dispuesto a prestar el juramento para que se le emplazaba, porque ya había remitido a Tunja desde el 26 del pasado su segunda renuncia en la firme resolución de no servir más el destino de vice-presidente, y que así como se habían de reunir las cámaras a las 5 de la tarde para recibirle el juramento, se reunieran para admitirle la espresada renuncia, que era lo más conveniente y oportuno al bien de Colombia.

Devuelta la diputación a las cámaras, estas insistieron en que fuese el general Santander a prestar el juramento, y al efecto una nueva diputación salió a hacerselo saber; pero no habiendo encontrado al general ni en el palacio, ni su casa, se le dirigió el siguiente oficio:

República de Colombia. —Cámara del senado—Bogotá 12 de Mayo de 1827—17.º —A S. E. el vice-presidente de la República encargado del poder ejecutivo.

Excmo. Sr.—Habiéndose tomado en consideración por las cámaras del senado y de representantes a la contestación dada por V. E. a la diputación que tuvieron el honor de dirigirle en este día, han insistido en que V. E. venga a las 5 de la tarde a prestar el juramento constitucional como vice-presidente de la República.

Tenemos la honra de participarlo a V. E. por acuerdo de las mismas honorables cámaras.

Dios guarde a V. E.—Luis A. Baralt, José M. Ortega.

Inmediatamente respondió lo que sigue:

A SS. EE. el presidente del senado, y presidente de la cámara de representantes—Bogotá 12 de mayo a las 3 de la tarde de 1827—17.º

Excmo. Sr.—El infrascrito general ha recibido la nota de VV. EE. de hoy en que se sirven participarle, que las honorables cámaras han insistido en que vaya yo a las 5 de esta tarde a prestar el juramento constitucional como vice-presidente de la República.

Respecto como debo las resoluciones de las honorables cámaras; pero yo no he visto ley ninguna pre-existente que me obligue a prestar juramento y tomar posesión de un destino que no quiero servir por puro deseo de que empiecen desde hoy a llover sobre nuestra patria todos los bienes que se prometen luego que yo no tenga intervención en los negocios públicos. Si hubiera una ley anterior me sometería a ella en silencio; mas sino la hay ¿por qué razón se me quiere forzar a dar un paso que repugna mi conciencia?

Señores: no puedo ir a las 5 de la tarde a cumplir lo que las honarables cámaras han resuelto. Estoy indispuerto de mis habituales enfermedades, y yo espero que hoy se me admita mi renuncia irrevocablemente.

Siento tener que estar en contradicción con el Congreso por la primera vez de mi vida; pero así lo exigen mi delicadeza, mi honor, el bien del público, la paz doméstica y la futura suerte de la patria.

Con sentimientos de profundo respeto y consideración, soy de VV. EE. atento humilde servidor. —Francisco de Paula Santander.

El congreso se reunió a las 5 de la tarde y entró a discutir si se debiera obligar al general Santander a prestar el juramento ó procederse a otra cosa: la cuestión fué seriamente debatida hasta después de las 7 de la noche que se resolvió llamarle por tercera vez a prestar el juramento. Al efecto una diputación compuesta del senador Torres y del representante Alvarez Lozano pasó a la casa de dicho general a hacerle saber que el congreso persistía en que se presentara a prestar el juramento, y que el cuerpo quedaba reunido esperándole. El general Santander le hizo ver que su resistencia no procedía de un principio de desobediencia de que jamás se había hecho culpable, sino de que se creía con derecho a representar al congreso las razones que tenía para no tomar posesión de un destino que había renunciado con todo su corazón; que ninguna ley determinaba que un empleado en la segunda magistratura del estado tomase posesión de ella para renunciarla; que por el contrario la práctica y el procedimiento de los anteriores congresos estaban en armonía con su opinión acerca de que no era preciso prestar el juramento para renunciar la presidencia de la República ó la vice-presidencia ó otro cualquiera destino, fuera de los municipales exceptuados espresamente por la ley colombiana; que los artículos de la constitución que sabían haberse alegado en la discusión, suponían la voluntad del presidente y del vice-presidente para tomar posesión del destino; y que para evitar un escándalo y dar una nueva prueba de sumisión a las resoluciones del congreso de la República, estaba pronto a ir una una vez que permanecía reunido el congreso solamente esperándole.

En efecto a los tres cuartos para las 8 de la noche se presentó dicho general Santander acompañado de los secretarios de guerra y del interior, y fué conducido por una diputación del seno del congreso a la silla que le estaba destinada a la derecha del presidente del senado. El señor Baralt presidente del senado se puso de pie, y habiendo ordenado que todos hiciesen lo mismo, preguntó al futuro vice-presidente: ¿juras por Dios nuestro señor y el santo evangelio que tocas sostener y defender la constitución de la República y cumplir fielmente con vuestros deberes? Si lo juro, respondió el vice-presidente. Pues si así lo hiciereis, Dios os ayude, y sino os lo demande. Así sea.

Entonces el vice-presidente de la República pronunció con energía y con la espresión sincera de un corazón franco y leal el siguiente discurso.

Señor.—Dos veces me he acercado lleno de temor a este respetable lugar a prestar como vice-presidente de la República el juramento que la constitución prescribe. En 1821 me presenté ante el congreso constituyente (de grata y feliz recordación) aterrado de considerar el enorme peso que iba a agobiarme, las grandes dificultades que debía vencer, y la inmensa responsabilidad que desde aquel momento pesaba sobre mis débiles fuerzas, y no dejaba de columbrar desde entonces una parte de los sucesos que nos han afligido. Hoy me presento asombrado de ver que se me compromete nuevamente a sostener y defender una constitución vilipendiada, y por cuya vigorosa defensa me he acarreado las persecuciones de sus enemigos, las diatribas de espíritu de partido, y el odio de los perturbadores hasta llegar a denunciarme como principal y única causa de la disociación de la República. En 1821 al lanzarme en el mar proceloso que debía surcar siquiera contaba, entre otras cosas con el prestigio de mi dichosa administración en el vasto departamento de Cundinamarca, con la veneración afectuosa que prestaron los colombianos a los actos del congreso constituyente, y con los esfuerzos de un pueblo que deseaba con ansia ver reemplazado el desorden por el reinado de las leyes. ¿Pero hoy, señor con que puedo contar para llenar unos deberes que están en choque con miras y pretensiones prematuras é intempestivas? ¿Puedo yo servir en la administración de otra cosa que de inspirar celos y desconfianza a los que se han pronunciado contra las instituciones y contra mí? No puede ser. De nada valdría que “me vengase de los malos ciudadanos administrando rectamente ó aconsejando el bien de la nación, de los amigos pérfidos, guardándome de ellos, de los envidiosos, mostrando virtudes y grandeza de ánimo, y de los traficantes de los negocios públicos, haciéndoles dar cuenta de su conducta.” El mal que padece la República no cesaría por eso. En este conflicto yo he ocurrido al único remedio que me concede la ley, al de presentarme por

segunda vez la dimisión de la vice-presidencia. El medio de evitar compromisos difíciles de cumplir, de sofocar los partidos, destruir las rivalidades y aun de librarme de un sacrificio inútil es el que el congreso admita mi patriótica renuncia. ¿Hay en el congreso quien de buena fe me crea agente principal y único de los males de la República? Levántese y acúzame en cumplimiento de su deber. ¿Hay quien piense que en los 17 años de continuos servicios a la patria he podido tener alguna parte por pequeña que sea en la libertad que goza hoy, ó en la fortuna que disfruta? Le suplico que se levante y que en recompensa del bien que he contribuido a darle, pronuncie el si admitiéndome la renuncia. Os ruego, señor, que me restituyais mi libertad y tranquilidad, que me libreis de la vice-presidencia hoy mismo, y que me preserveis de volver a cargar con la culpa de lo que el congreso hiciera.

Sobre mí recaen todo género de imputaciones. Se me acusa de autor de las desgracias de la patria, de rival y enemigo del presidente Libertador; por mi la constitución boliviana no tiene séquito; por mi la confederación de Colombia, Perú y Bolivia se ha frustrado, por mi se libertó la nación de las delicias de la dictadura; por mi sufren los pueblos contribuciones, el ejército se ha desmoralizado; las rentas están en ruina, arden los partidos y marchamos al abismo. Yo en concepto de los enemigos del sistema político, y de los del gobierno, y en sentir de hombres tímidos y cobardes que tiemblan..... tengo mas poder que el célebre filósofo, a quien faltaba un punto de apoyo para mover la tierra. Admitase mi renuncia, y millones de bienes vendrán a reemplazar todos estos males.

Lo digo porque no tengo para qué disimularlo. Mi corazón arde en deseos de ver otro ciudadano en mi puesto. La república de Colombia entonces ó recobra su poder, su tranquilidad y su gloria de modo que todos los colombianos disfrutemos de paz y seguridad, libertad y dicha, ó se aumentan las calamidades que se quieren aniquilar. Lo primero, además de producirme un bien particular como ciudadano, será un argumento irresistible para acreditar mi desinterés patriótico, una vez que me esforcé por separarme en tiempo de la vice-presidencia. Lo segundo, visto es que servirá para confundir a los que han desacreditado las instituciones, hecho la guerra a mi administración, y provocado las agitaciones que han deshonorado a Colombia. Al tiempo, señor al infalible tiempo he confiado siempre el juicio recto é imparcial sobre los sucesos de 1826, y sobre la primera administración constitucional de Colombia.

Renuevo aquí en presencia de la augusta representación nacional la profesión de mi fe política: sostendré la constitución mientras que ella sea el código de Colombia; mi corazón será siempre puro y desinteresado, y mi alma siempre libre; mi voluntad será la del pueblo colombiano legítimamente espresada; mi obediencia y sumisión serán de la ley y de las autoridades debidamente constituidas; mis sacrificios y desvelos serán inalterablemente por la independencia y libertad de Colombia.—He dicho.

El presidente del senado puesto de pie pronunció con propiedad y gusto el discurso que sigue.

Señor:—El juramento que U. E. acaba de prestar en presencia del congreso, es aquel acto augusto que nuestra constitución exige al presidente y vice-presidente de la República. Al prometer U. E. ante los padres de la patria sostener y defender la carta colombiana, y cumplir fiel y exactamente con los deberes de su empleo, no ha hecho otra cosa que asegurar lo que tan religiosamente ha cumplido hasta el día, a satisfacción de todos los amantes del orden, a satisfacción de todos los hombres de bien, de los hombres de juicio.

La República bajo la dirección de U. E. adquirió una nominación que aun alhaga nuestros oídos: ella se vió a la cabeza de los nuevos estados americanos: el nombre de Colombia se pronunciaba con entusiasmo; y la edad precóz que había manifestado en su marcha constitucional, la hacían mirar con placer y encanto por cuantos se interesan en la libertad racional del género humano. Pero, señor, todo es falible en este mundo; todo lleva el sello de la humana miseria. En medio del brillo de nuestras armas, cuando la fortuna agitaba sus alas doradas sobre este hermoso país, cuando nuestro crédito se iba cimentando mas y mas en ambos hemisferios, entonces fué cuando una desecha borrasca amenazó sumerjirnos para siempre. ¿Cuál fué la conducta de U. E. en tan críticas circunstancias? U. E. penetrado del fuego santo de nuestras instituciones, defendió la constitución y las leyes con un carácter y firmeza, que lo han hecho acreedor al afecto y gratitud de sus conciudadanos, a la admiración del mundo civilizado, y se ha preparado un lugar distinguido en las preciosas paginas de nuestra historia. No haya riesgo que la patria desmerezca bajo las órdenes de U. E. U. E. es el majistrado experimentado, el hombre de la constitución, el que puede sacarnos del laberinto en que nos hallamos, el que debe llevar a salvamento la

nave del Estado. (*) U. E. ha servido ya a la causa pública diez y siete años y debe continuar sirviéndola, porque tal es el elevado destino a que está llamado. El congreso en la calma de la razón y del buen consejo, y U. E. con las indicaciones que le sugieran su experiencia, sus luces, y conocimientos, ambos poderes trabajaremos por remediar los males del pueblo colombiano, y levantarlo con gloria y honor a la sociedad de las naciones. Así lo esperan nuestros compatriotas, así la Europa que nos contempla, así el continente de Colon a quien pertenecemos. Yo lo deseo ardientemente por el bien de esta querida patria que ha costado tantas lágrimas y sacrificios, porque U. E. lleno el complemento de su gloria, porque todos correspondamos a los votos de nuestros comitentes, y porque nuestras operaciones merezcan el aplauso de los nacionales y extranjeros."

El pueblo espectador reunido en un número muy considerable gritó: viva el vice-presidente de la República. Y el vice-presidente al despedirse dijo: *viva el augusto congreso de Colombia*. Una diputación del seno del congreso acompañó al vice-presidente hasta el palacio del gobierno, con lo cual se terminó el interesante acto del 12 de mayo.

VARIEDADES.

(Del Conductor de Bogotá.)

¿NOS SERA CONVENIENTE VARIAR NUESTRA FORMA DE GOBIERNO?

(Artículo tomado de la Indicación.)

Continuación del núm. anterior.

Para que haya, pues, confederación, se necesita como base indispensable que los estados sean muchos, y que cada uno de ellos, y aun dos, ó tres unidos, sean bastante pequeños ó débiles para no poder hacer frente a todos los demás. De otra suerte las consecuencias infalibles de semejante confederación, serían: primera, que solo subsistiría mientras fuese la voluntad de todos, y cada uno de los estados confederados; segunda, que cualquiera de ellos ejecutaría las disposiciones del gobierno jeneral que le acomodasen, y las que no las eludiría, ó entorpecería, y le denegaría la obediencia efímera que quisiese; tercera, que si uno de ellos, ó los dos trataban de echarse sobre el otro, el gobierno carecería de la suficiente fuerza y autoridad para contenerlos; cuarta, que si en el seno de alguno de ellos se suscitase algún hombre diestro, popular y ambicioso, que intentase usurpar la autoridad soberana, no habría como reprimirlo, porque mientras tal hombre obraría con la energía que da el mando de uno solo, el gobierno jeneral tal vez no hallaría la actividad y prontitud bastantes en los otros estados; y quinta, un gobierno de esta naturaleza solo sería comparable a aquellos reyes de la edad media, cuando estaba el feudalismo en todo su vigor, que muchas veces eran mas débiles que los condes, duques y grandes de sus estados, a quienes tenían que hacer la guerra, y acaso sucumbían bajo el poder de sus propios vasallos, y se veían forzados a tolerar todas sus injusticias, usurpaciones y crueldades, para granjearse alguna obediencia, y su cooperación contra los enemigos comunes. Es ménos mala una absoluta separación que una confederación tan frágil y precaria. Por lo ménos, en el primer caso los estados vivían apaciguados y preparados para cualquier rompimiento ó sorpresa.

Tan evidente es lo que acabamos de esponer, que apesar del vigor que tenía el gobierno de Colombia, ántes del congreso de 1821, a pesar que el Presidente Libertador era jeneralmente obedecido y querido, escribía a algunos diputados antes de que tubiese noticia de la ley sobre la división de Colombia en unos cuantos departamentos, que no debían dejarse íntegras las tres grandes porciones de Venezuela, Quito y N. Granada, y pedía que se hiciese un cuarto departamento, compuesto de las provincias del Zulia y de Pamplona, que dependiese inmediatamente del gobierno supremo, al fin de que le sirviera de apoyo para ser en todo tiempo obedecido de los tres vice-presidentes departamentales. En efecto; esta idea en aquella hipótesis era muy justa: el gobierno supremo no descansaba entonces sino sobre su propia reputación, y la decidida obediencia que le prestaban los vice-presidentes nombrados; pero si hubiese subsistido tal organización, el día que cualquiera otro vice-presidente contando con la aquiescencia de los pueblos de su departamento, ó con alguna fuerza, hubiese querido separarse de la obediencia al gobierno de la República, le hubiera sido fácil ó llevar al cabo su proyecto, ó sepultar a Colombia en una horrible división. Pues lo mismo vendría a suceder si se hiciese la insignificante confederación de tres estados. Persuadámonos, en consecuencia, que si de buena fe deseamos que Colombia se conserve unida, es menester que renunciemos del todo a una idea que infaliblemente nos conduciría al extremo opuesto; que separaría de nuevo lo que por nuestra dicha está bien unido; y que echaría para ahora ó para mas tarde, los elementos de una guerra civil y destructora.

La segunda cuestión que nos hemos propuesto es, si desde ahora deberíamos formar una confederación de otros tantos estados, cuantos son los departamentos en que se divide

Colombia, ó emprender una nueva división y erección de aquel número que se considerase necesario para que la unión fuese sólida y estable. ¿Para mostrar la imposibilidad de verificar esta idea, no entraremos estableciendo que en la época funesta de 1816 sucumbieron las provincias unidas de la nueva Granada bajo el poder de sus invasores por causa de la federación? Estamos muy lejos de sentirlo así, y las razones que nos lo persuaden son bien manifiestas. En aquella primera época de nuestra transformación política, casi todos los hombres de luces se pronunciaron por un sistema federativo como el de los Estados Unidos, los pueblos siguieron su voz, y la opinión pública se hizo jeneral y casi unánime. Esto de ninguna manera obstaba a la defensa común: nunca se ha vuelto a ver despues el espíritu público que hubo entonces por la libertad: los pueblos se presentaban gustosos a todos los sacrificios: la juventud corria a las armas, y casi donde quiera que se presentaba algún cuerpo nuestro el enemigo era derrotado. Díganlo Palacé, Cúcuta, la campaña sobre Santamarta, la de Venezuela, Calivio, el Palo, y otras jornadas ilustres en que las armas de las provincias unidas se cubrieron de laureles. El poder de un pueblo que acaba de romper las cadenas de la esclavitud es irresistible; es un torrente que todo lo arrebató; no se necesita sino de conducirlo al triunfo. Así un puñado de suizos estableció la confederación helvética a despecho de la poderosa casa de Austria; así los habitantes de la pantanosa Holanda triunfaron del orgullo y de los inagotables recursos de Felipe II, así las colonias de la América del norte han levantado el mas hermoso modelo de la libertad del jénero humano, contra el poder colosal de la Gran Bretaña; y así la Francia, esa Francia tan heroica como desgraciada, que ha ofrecido el mas raro conjunto de todos los crímenes y de todas las virtudes; en el reinado mismo del terror, en los días en que estaba toda erizada de guillotinas, mientras proscribía al clero, a los nobles, a los propietarios, a los sabios, a los mismos autores de la revolución, se mostraba invencible en sus fronteras, y era en vano que todos los reyes de la Europa, se conspiraran contra su libertad. Nuestra primera época no ha desmentido aquellos ejemplos de patriotismo; ella fue tambien fecundísima de rasgos heroicos, y de consagración de los pueblos enteros en favor de su independencia.

La federación, pues, no fué un obstáculo para obtenerla. Lejos de entibiar el público entusiasmo, antes lo fomentaba; y es muy natural en hombres que acaban de despedazar cadenas, aspirar a toda la posible libertad, a cuanto ven que pueda asegurarsela. Lo que fué un abismo funesto, lo que nos preparó la horrible coyunda de 1816, y los cruentos espectáculos de tres años de dolor, fué el empeño que se tomó en solocar la tendencia jeneral de los pueblos, el querer obligarlos por medio de la división y de la guerra civil a renunciar a un sistema que amaban, y en que creían consistía su libertad. Nunca se puede gobernar a los pueblos contra la opinión pública; pero ménos a los que acaban de verificar una revolución tan importante; es necesario seguir el impulso jeneral. Los cañones, las balas y las bayonetas, son muy malos argumentos para pueblos que una vez han llegado a adivinar su poder y sus derechos; se conseguirá dividirlos, destruirlos, hacerlos la presa de un extraño invasor; pero no subyugarlos, ni ganarlos.

La federación, con la amplitud que se había adoptado; es decir, multiplicando demasiado los estados, y dejándoles soberana autoridad, era sin duda un sistema defectuoso; bien lo conocían los hombres ilustrados; pero debió seguirse el movimiento popular, para despues rectificar a su turno este mismo movimiento. Una vez establecido un gobierno jeneral, se hubieran aumentado las facultades de este, se hubiera hecho una sola de dos ó mas provincias, y si esto no hubiese bastado, insensiblemente habríamos caminado a la concentración, porque cuando de buena fe se procura el verdadero bien de los pueblos, ellos al fin reconocen su lejítimo interes y lo adoptan. La experiencia mostró esta verdad, aunque ya muy tarde: una vez establecido el congreso de las provincias unidas; las de Antioquia, Socorro, Tunja y sucesivamente las otras, confirieron al gobierno de la unión todas cuantas facultades podían desearse en los ramos de hacienda y guerra.

Hemos hecho esta digresión para que partamos siempre de principios verdaderos, para que se vea que no somos enemigos de cualquiera forma de gobierno que pueda elevar a Colombia a la mayor cumbre de su felicidad, y que sabemos hacer la debida justicia al pueblo de todas las provincias, a los primeros directores de la revolución, y a sus primeros defensores. Volviendo a la cuestión no vacilamos en decir que si fuese forzoso que adoptásemos desde ahora una forma federativa, preferiríamos que se dividiese la República, por lo ménos en tantos estados cuantos son los actuales departamentos: (*) porque de abrazar un sistema, es necesario adoptar sus verdaderos elementos, es menester hacerlo de tal manera que reportemos todas sus ventajas, y que nos preservemos de los males de la desunión, de la anarquía, y de la guerra civil. En nuestro concepto, lo repetimos, no puede haber confederación de solo tres estados, y sería mas malo que estos tres estados se separasen absolutamente, que el que formasen una unión tan falsa y precaria, y que sería ocasión de disensiones intestinas.

(Se continuará.)

(*) El orador hablaba en el concepto de que el Presidente Libertador ha mostrado repugnancia a servir la Presidencia.

(*) Bastaría que se hicieran solo 7 estados.